

La esfera pública digital y el activismo político¹

Juan PECOURT GRACIA
Universitat de València
juan.pecourt@uv.es

Recibido: 29-05-2014

Aceptado: 18-02-2015

Resumen

El desarrollo de las tecnologías digitales ha impulsado transformaciones fundamentales en la esfera pública, que se manifiestan en la tipología de los medios, las formas de organización, la orientación de las acciones y su escala cada vez más globalizada. Estos cambios, a su vez, han abierto nuevas posibilidades para el activismo político, que aprovechan las oportunidades ofrecidas por la digitalización. Las nuevas formas de activismo incluyen el activismo digital ampliado, el activismo digital innovador y el activismo digital recursivo.

Palabras clave: esfera pública, medios de comunicación, digitalización, activismo político.

¹ Este trabajo se ha beneficiado de la ayuda CSO2011-25942 concedida por el Ministerio de Ciencia e Innovación al proyecto NOMS (Nuevos Objetos-Mundo Sociales)

The Digital Public Sphere and the Political Activism

Abstract

The development of digital technologies has fostered basic transformations in the public sphere, reflected in the typology of media outlets, forms of organization, orientation of actions, and its increasingly globalised scale. These transformations open up new possibilities for political activism, taking profit from the opportunities offered by globalization. The new forms of activism include amplified digital activism, innovative digital activism and recursive digital activism.

Keywords: Public Sphere; Means of Communication; Digitalization; Political Activism.

Referencia normalizada

PECOURT GRACIA, Juan (2015): “La esfera pública digital y el activismo político”, *Política y Sociedad*, 52 (1), pp. 75-98.

Sumario: 1. Introducción. 2. La esfera pública, los medios de comunicación y el activismo político. 3. La transformación del activismo político: del repertorio moderno al digital. 4. Una propuesta taxonómica del activismo digital. 5. Conclusión. 6. Bibliografía.

1. Introducción

En las últimas décadas, la transformación de la esfera pública ha tenido consecuencias importantes en los instrumentos de participación cívica y, también, en las modalidades de activismo político. En los años sesenta, Habermas (1968) publicaba un influyente estudio sobre la esfera pública donde afirmaba que el desarrollo de los medios de comunicación de masas y las industrias culturales habían tenido una función ambivalente: si en un primer momento hicieron posible la creación de este espacio, más tarde incidirían en su transformación y su desintegración, en lo que el propio Habermas denomina la “refeudalización” de la esfera pública. Actualmente, sin embargo, puede observarse un proceso de transformación estructural muy diferente al descrito por el sociólogo alemán; en este caso el agente del cambio no es la cultura de masas sino las tecnologías digitales, que introducen posibilidades inéditas para la acción social a escala global.

Precisamente, el objetivo de este trabajo es analizar la transformación digital de la esfera pública partiendo de las diferentes propuestas teóricas que se han realizado en las últimas décadas, sobre todo a partir del trabajo precursor de Habermas, para después abordar las nuevas formas de activismo político que han surgido en relación con estas transformaciones. Una de las premisas básicas es que el concepto de esfera pública planteado por Habermas, situada entre el Estado y la sociedad civil, aunque sigue siendo relevante e iluminador, resulta insuficiente para comprender su estructura y dinámica actual en el contexto de la cultura digital globalizada. En este sentido, en el primer apartado, se realizará un breve repaso de las aportaciones actuales a la teoría de la esfera pública que parten del estudio seminal de Habermas. En el segundo apartado se defenderá la idea de que la cultura digital está impulsando una nueva transformación en la esfera pública que afecta tanto a su naturaleza como a sus funciones. Finalmente, en el tercer apartado, mostraremos las diferentes modalidades de activismo que pueden identificarse actualmente en relación con su posición y función en la esfera pública digital globalizada. Veremos cómo algunas de estas modalidades tienen rasgos inéditos que sólo pueden comprenderse dentro de los parámetros de la cultura digital.

2. La esfera pública, los medios de comunicación y el activismo político

Desde los inicios de la modernidad, la idea de la esfera pública se ha convertido en una noción clave para pensar la participación política desde la sociedad civil. En su conocido ensayo *¿Qué es la Ilustración?* (1784), I. Kant distinguía entre el uso público y privado de la razón y se desmarcaba de las concepciones anteriores de la publicidad procedentes del pensamiento clásico. Kant defendía que el “uso público de la razón” no ocurre en el ámbito del Estado, sino que se realiza ante “el público entero del mundo de lectores” (Kant, 1999: 65). Esta distinción es decisiva y sienta las bases de las discusio-

nes posteriores sobre la esfera pública y la participación política no institucionalizada. El sentido común dictaba que los funcionarios del Estado deberían encargarse del uso público de la razón y la comunidad de lectores y escritores limitarse a ser usuarios privados, porque los primeros están pagados por el Estado y trabajan por el bien común, mientras los segundos solamente hablan por ellos mismos y no representan a los demás. Sin embargo, Kant incide en una diferencia básica entre ambos grupos: el representante público no puede actuar siguiendo su propia voluntad, tiene que obedecer las reglas que impone su cargo. Por el contrario, el escritor puede difundir sus ideas con total libertad, no está restringido por su posición social, sino que habla como un miembro libre de la comunidad de lectores. La revolución de la imprenta y la creación de un público lector permitirán la consolidación de un discurso público, liberado de los poderes sociales, que sirva de contrapeso a la autoridad pública del Estado.

El testigo de Kant ha sido tomado por diversos autores posteriores (Locke, Marx, Mill, Tocqueville, Arendt, etc), pero posiblemente el que más incide en la cultura mediática es Jürgen Habermas con su teoría de la esfera pública. En *Historia y crítica de la opinión pública* (1968) Habermas observa las condiciones sociales y culturales que posibilitaron el desarrollo de la esfera pública en los siglos XVII y XVIII, como la aparición de los panfletos, la prensa periódica, las novelas y otros formatos mediáticos impulsados por la revolución de la imprenta. También observa la aparición de nuevos espacios privados de socialización, como los salones y los cafés, donde se establecen unas condiciones básicas para debatir cuestiones de interés general; primero en el terreno de la música, el arte o la literatura, y más adelante en el ámbito de la política. Ambos procesos permiten que la comunidad de lectores privados adquiera conciencia de sí misma y se convierta en la “esfera pública de la sociedad civil”. Lo que Habermas denomina la “esfera pública burguesa” es, en efecto, la esfera de personas privadas que se reúnen para formar un público, que se hace consciente de sí mismo y reclama su autonomía frente a las autoridades públicas. Este público se organizará según las reglas propias de la discusión racional y no dependerá de la posición social o la autoridad de los participantes. El objetivo será la búsqueda de la verdad mediante la argumentación racional y el reconocimiento de las mejoras ideas, y no la defensa de determinados intereses políticos o económicos. La esfera pública, por tanto, aunque condicionada históricamente por la sociedad burguesa, abriría la posibilidad de organizar la sociedad en torno a instituciones independientes dedicadas a la crítica pública, una posibilidad que, en opinión de Habermas, no ha llegado a realizarse.

Las ideas de Habermas han sido muy influyentes y cuentan con múltiples comentaristas (Negt y Kluge, 1972; Forester, 1985; Holub, 1991; Calhoun, 1992; Fraser, 1992; Warner, 2002; Rochlitz, 2002; Crossley y Roberts, 2004; Goode, 2005; Susen, 2011). Posiblemente, la modificación más importante a la teoría de la esfera pública es la que, partiendo de la crítica originaria de Nancy Fraser (1992), afirma que existen esferas públicas alternativas que se definen por su relación de conflicto con la esfera pública

hegemónica. Sus participantes son personas que, por razones diversas (género, etnia, orientación sexual), no tienen acceso a la esfera pública mayoritaria y por ello no tienen más remedio que organizar sus propios espacios de encuentro y discusión. Dada su posición periférica y subordinada, Fraser los denomina “contrapúblicos subalternos”. Las propuestas que surgen en estos espacios tienden a contradecir los discursos elaborados en la esfera pública, se articulan de acuerdo a protocolos de comunicación y puntos de vista muy diferentes. La socióloga norteamericana cita, como ejemplo, el “contrapúblico subalterno feminista” de la segunda mitad del siglo XX, organizado en torno a revistas, librerías, editoriales, centros de investigación, programas académicos, conferencias, convenciones, festivales, etc. Michael Warner (2002), retomando la crítica de Fraser, asegura que los contrapúblicos mantienen cierta conciencia de tener un estatus subordinado frente a los miembros de la esfera pública general. El conflicto no se sitúa solamente en el ámbito de las ideas o las políticas públicas, sino que también implica diferencias en los estilos discursivos, las formas de comunicación o la relación estructural con los medios.

Todos estos autores, tanto los seguidores de las ideas de Habermas como sus críticos, tienen una idea de la esfera pública que se conforma de acuerdo a la cultura de masas del siglo XX. La esfera pública es un espacio de debate racional que se opone al poder, organizada alrededor de un entramado mediático compuesto de periódicos, revistas, libros, congresos, festivales y asociaciones diversas. Podríamos decir que todos ellos entienden la esfera pública como una esfera pública discursiva, donde el elemento aglutinante es la producción, difusión e intercambio de discursos a través de los instrumentos que proporcionan los medios de comunicación de masas. Este es el contexto del que surgen los movimientos sociales modernos y las diferentes corrientes de protesta ciudadana, desde las luchas ideológicas de la primera mitad del siglo XX hasta las más recientes basadas en las políticas de la identidad, que de alguna forma cuestionan los principios instalados en las elites gobernantes. Todos estos movimientos tratan de ejercer alguna influencia en las políticas estatales dirigiéndose a sus conciudadanos en la esfera pública y reclamando el valor normativo de sus ideas. Para ello, participan en los espacios de la discusión facilitada por los medios de comunicación, y utilizan sus posibilidades para impulsar tácticas específicas que puedan incidir en estos espacios. A lo largo del siglo XX, el recurso a los instrumentos de la cultura de masas por parte de los corrientes activistas se observa en la profusión de panfletos, manifiestos, peticiones, los artículos de opinión, etc., que suelen acompañar sus campañas.

Algunos autores han reconocido el valor específico del trabajo de Habermas por la prioridad que otorga a la cultura mediática en la formación de la esfera pública burguesa, pero aun así consideran que su visión de los medios es insuficiente, especialmente la visión tan negativa que tiene de los medios audiovisuales, claramente heredera de la noción de la industria cultural de Adorno (1944). De todas formas, estos autores, aunque tratan de actualizar las ideas de Habermas teniendo en cuenta las funciones

democratizadoras de la radio y la televisión, en ningún momento se aproximan a la constitución de la esfera pública digital, Garnham (1992), Thompson (1995), Keane (1995), Dahlgren (1995), o lo hacen de forma muy incipiente, Kellner (1997), Poster (1998). Hay que tener en cuenta que la digitalización de la esfera pública en las últimas décadas, y especialmente en los últimos quince años, supone transformaciones decisivas que exigen modificar, o al menos completar, las concepciones de la esfera pública que se sustentan en la cultura de masas. Actualmente, ha surgido una nueva generación de teóricos que trata de comprender las implicaciones de la revolución digital en la estructura de la esfera pública y en las nuevas formas de participación. Entre ellos, encontramos autores que defienden las nuevas oportunidades que ofrecen los medios digitales, Castells (2009) (2012), Benkler (2006), Shirky (2008) y otros autores que prefieren denunciar las amenazas que imponen en estos espacios, Terranova (2004), Fuchs (2008), Morozov (2011), Rendueles (2013). Más allá de las oportunidades que se ofrecen o se pierden, lo cierto es que la digitalización introduce elementos inéditos que es necesario tomar en consideración, tanto en la estructura de la esfera pública como en las formas de activismo político que pueden organizarse en su seno.

El concepto de esfera pública digital pretende retomar los debates anteriores teniendo en cuenta la introducción creciente de las nuevas tecnologías en la producción y difusión de discursos públicos. Las características específicas del activismo digital resultante dependerán de las condiciones estructurales de la esfera pública en un momento dado y de la relación que se establezca entre la esfera pública mayoritaria y los diferentes contrapúblicos subalternos, tanto en los medios de masas como en los medios digitales. Actualmente, como hemos comentado anteriormente, no es posible referirse a una esfera pública homogénea y global (la “esfera pública burguesa” de Habermas). Tampoco parece adecuado hablar de la existencia de dos grandes esferas públicas en competencia, la moderna y la digital (la “esfera pública de masas” *versus* la “esfera pública reticular” de Benkler). Lo que nos encontramos es un territorio complejo, a la vez globalizado y fragmentado, donde se entrecruzan entramados de naturaleza cambiante, algunos con estructuras mediáticas modernas (es decir, articulados por editoriales, revistas, prensa de masas, televisión, radio, etc) y otros con estructuras digitales (que se organizan en torno a las nuevas tecnologías digitales y redes sociales). Desde estos espacios múltiples surgen diversos formatos de activismo que han experimentado con las nuevas posibilidades ofrecidas por las nuevas tecnologías. Diversos analistas aseguran que la base estructural del activismo procedente de los contrapúblicos subalternos está sufriendo un proceso de transformación estructural, en el que la prensa periódica, las pequeñas editoriales, los radios piratas se complementan o se sustituyen por las nuevas tecnologías (Lievrouw, 2011: 17). Los cambios mediáticos se alinean con la adopción de los parámetros de una cultura digital caracterizada por la pluralidad de valores y puntos de vista, el eclecticismo y la diversidad subcultural, la naturaleza *amateur* y voluntaria de la participación, y el claro contraste que existe entre los discursos que

circulan en estos espacios y los que proliferan en los medios de comunicación de masas hegemónicos, Meikle (2002), McCaughey y Ayers (2003), Atton (2004), Vegh (2003), van de Donk *et al.*, (2004), Jordan y Taylor (2004), Jenkins (2009).

Tal como afirma Leah Lievrouw (2011), estos comentaristas tratan de identificar las características de las nuevas formas de activismo cultural, pero no suelen aclarar las diferencias entre el activismo clásico de la modernidad y los nuevos formatos de la era digital. Algunos, incluso, evitan definir qué entienden por activismo digital, porque los formatos que se emplean y los proyectos que se llevan a cabo son extremadamente diversos, McCaughey y Ayers (2004). Otros, como Christopher Atton (2004) y la propia Lievrouw (2011), sí han tratado de establecer algunas diferencias generales. Así, Atton asegura, de forma bastante genérica, que el nuevo activismo digital se diferencia del anterior porque trata de desarrollar formas diferentes de construir y articular los medios. Se apoyan en la estructura de la esfera pública digital, particularmente en elementos como la ubicuidad y la interactividad, para lanzar proyectos innovadores que tratan de influir a nivel político y cultural. Por su parte, Lievrouw se centra en los nuevos géneros que posibilita el activismo digital, que no tienen equivalentes en los medios de comunicación de masas, como el *jamming* cultural, el activismo *hacker*, el periodismo participativo, la movilización mediatizada o la defensa de los bienes comunes. Tomando en consideración las aportaciones anteriormente discutidas, en las próximas páginas pretendo realizar una síntesis de todos estos debates, centrándome en dos aspectos fundamentales: en primer lugar, identificaré algunas tendencias básicas que caracterizan la digitalización de la esfera pública y sus implicaciones en las nuevas formas de activismo en línea y, en segundo lugar, sugeriré una taxonomía para organizar las diferentes formas de activismo digital, no desde la teoría de los géneros, como propone Lievrouw, sino desde los diferentes grados de adaptación a las posibilidades ofrecidas por la esfera pública digital.

3. La transformación del activismo político: del repertorio moderno al digital

En primer lugar, por tanto, vamos a matizar la propuesta de Atton sobre las características del activismo político no-institucionalizado, teniendo en cuenta las transformaciones en la esfera pública digital que condicionan, en gran medida, tanto los nuevos horizontes que se abren para la participación política como los peligros y amenazas que se ciernen actualmente sobre estos espacios. Más concretamente me centraré en: a) la transición de los medios de masas a los medios digitales; b) el paso de la organización centralizada (o descentralizada) a la distribuida; c) el cambio desde el compromiso estable a la participación esporádica; y d) la pérdida de peso del conflicto ideológica en favor de la pluralidad subcultural. Todos estos procesos se producen en el contexto de

la formación progresiva de una esfera pública global que no está sujeta a la soberanía de ningún poder particular, Volkmer (2003), Kaldor (2003), Castells (2008).

3.1. De los medios de masas a los medios digitales

De acuerdo con sus orígenes históricos, el activismo moderno es muy dependiente de los medios de comunicación de masas, y por tanto tiene que acoplarse a su estructura y configuración básica. Habermas reivindica la importancia de los panfletos, las publicaciones periódicas y las revistas especializadas como fundamentos básicos de la esfera pública burguesa, porque permiten la formación de un público ilustrado y sensible a los temas que tienen incidencia social. Sin embargo, los medios escritos citados por el sociólogo alemán, así como los medios audiovisuales (radio y televisión), sobre los que se muestra más crítico, comparten elementos culturales básicos que condicionan las formas de participación política. Desde este punto de vista, una de las características básicas de los medios de comunicación de masas es la relación unidireccional existente entre el emisor y el receptor del mensaje. El productor elabora un discurso y mediante un proceso de comunicación lo transmite a un número ilimitado de consumidores que no tienen la capacidad de influir en su creación, Thompson (1995). Además, la relación entre productor y consumidor se basa en la visibilidad del primero, que es reconocido como el “autor” del texto, mientras el receptor es anónimo e invisible. Esta relación desigual facilita el reconocimiento carismático de los creadores y organizadores, el surgimiento de formas específicas de liderazgo difundidas a través de plataformas como la prensa diaria o las revistas intelectuales, al tiempo que se relega a los receptores públicos, que se consideran meros consumidores o masas movilizadas. La teoría de la esfera pública reconoce, es cierto, el papel activo de la comunidad de lectores, oyentes y comentaristas, de modo que pueden acceder a una posición autónoma e informada respecto a los temas de interés social. Aun así, deniega la posibilidad de que el público mayoritario, más allá de la lectura de textos y participación en el debate, pueda implicarse en la construcción de los significados dominantes, Fiske (1992).

Actualmente, la esfera pública digital permite, al menos potencialmente, la posibilidad de romper la relación jerárquica entre el autor y el público anónimo (Slevin, 2000; Castells, 2009; Van Dijk, 2012; Benkler, 2006). La idea del autor único y reconocible se diluye en un magma generalizado de aportaciones múltiples que no distinguen entre las etapas de producción y recepción, entre autores y consumidores, entre élites y masas. Los textos que circulan en el ciberespacio pueden ser el resultado de aportaciones múltiples, creaciones colectivas que no atienden a autorías específicas y carismáticas. De este modo, bajo las nuevas condiciones de producción y recepción cultural, los procedimientos del activismo se transforman drásticamente: resulta mucho más complicado identificar las vanguardias revolucionarias o las élites intelectuales que construyen los discursos movilizadores, porque los textos son el resultado del trabajo comunitario y

cooperativo de múltiples personas. También resulta innecesario dejar la organización de las acciones colectivas en manos de equipos de expertos, porque los individuos pueden organizarse libremente a través de los nuevos medios digitales. Benkler (2006) identifica esta posibilidad cuando se refiere a la producción social colectiva (*peer-based social production*), en el que las creaciones son colectivas, en algunos casos resultado de las acciones conscientes de individuos aislados que trabajan de forma cooperativa e interconectada, y en otros, incluso, resulta de las acciones inconscientes de las personas. La producción social que describe Benkler puede encontrarse en el ámbito de la blogosfera o en las listas de correo, así como en redes sociales del tipo Facebook, Twitter o Youtube, porque estas plataformas permiten la producción, difusión, intercambio y remezcla de productos culturales (Lessig, 2012). Sus características tienen implicaciones importantes en la naturaleza de los discursos transmitidos y en las nuevas formas de activismo digital que, en algunos casos, expanden los repertorios modernos de acción identificados por Charles Tilly (como las peticiones online) y en otros generan nuevas formas de activismo que no concuerdan con los modelos anteriores (como los ataques informáticos de denegación de servicio). En las próximas páginas especificaremos más detalladamente los nuevos repertorios de acción procedentes del activismo digital

3.2. De la organización centralizada a la distribuida

El activismo digital trasciende algunas de las dificultades que tradicionalmente han tenido los grupos de activistas, porque Internet permite bajar de manera exponencial los costes organizativos. Si tradicionalmente la gran dificultad del activismo político consistía en crear una infraestructura organizativa que permitiera llegar al público y transmitir un mensaje específico, las tecnologías digitales posibilitan realizar estas tareas con unos costes mínimos. No se necesitan grandes recursos económicos ni tampoco inversiones temporales excesivas. Las redes centralizadas, que son necesarias para sostener los esfuerzos organizativos del activismo pre-digital, se sustituyen por un nuevo tipo de estructura abierta y flexible, una “organización sin organización” que se apoya en la estructura de las redes distribuidas (Raymond, 2001; Benkler, 2006; Shirky, 2008; Galloway; 2001). Las estructuras centralizadas tienen un nodo central y múltiples nodos periféricos, las relaciones de autoridad son unidireccionales y se dirigen desde el centro a la periferia, por lo que los nodos periféricos son totalmente dependientes del centro. Las grandes estructuras burocráticas y administrativas del siglo XX, tanto en el sector público como en el empresarial, comparten esta característica fundamental. Las redes distribuidas, sin embargo, rompen la relación entre el centro dominante y la periferia dependiente, y se configuran como una relación horizontal entre múltiples nodos autónomos conectados en grados diversos con la red global. En las estructuras distribuidas, los individuos son libres de elegir las tareas que quieren desarrollar, el grado de compromiso que quieren adquirir, sus integrantes pueden entrar y salir de ellas en el

momento que lo consideren oportuno. Estas estructuras proporcionan una flexibilidad y una maleabilidad que resulta impensable en el caso de las redes centralizadas, más rígidas y resistentes al cambio. Como afirma el propio Shirky, podemos “tener grupos que operan con la informalidad de una fiesta infantil, pero que tienen el alcance de una multinacional” (Shirky, 2008: 48). Aunque esta tendencia ya empezaba a percibirse en los nuevos movimientos sociales (Tarrow, 1994), las tecnologías digitales incrementan exponencialmente su repercusión.

Las redes distribuidas transforman completamente las relaciones de poder y el proceso de toma de decisiones en los colectivos activistas de la esfera pública. De todas formas, es necesario evitar las posiciones más utópicas que consideran Internet como un espacio prístino e inmaculado situado al margen de las relaciones de poder que caracterizan a otros ámbitos más prosaicos de la vida social (en las “fiestas de cumpleaños” también hay distinciones y jerarquías). Los estudios que se han realizado sobre diferentes proyectos digitales como Wikipedia (Reagle, 2010) o Linux (Weber, 2004) muestran que, a pesar de la autonomía de los participantes, la intensidad del compromiso personal y el cómputo de las aportaciones individuales tiene desequilibrios bastante recurrentes. Diversos autores han identificado una ley de hierro que caracteriza gran parte de la cultura digital y que perpetua una división espontánea del trabajo, diferenciando el grado y la intensidad de la participación (Shirky, 2008; Anderson, 2006; Van Dijk, 2012). La división del trabajo suele ser un proceso gestionado desde una autoridad central que se impone sobre el resto, mientras que en los proyectos digitales se produce de forma espontánea entre una minoría de participantes, profundamente implicada en las actividades, y una mayoría que se compromete de forma más débil e intermitente. Es lo que Shirky define como “la regla 80/20”, en la que el 20% de los activistas realizan el 80% del esfuerzo total en una determinada acción colectiva, mientras que el 80% aporta el 20% del esfuerzo (Shirky, 2008: 117-130). Del mismo modo, el activismo digital también se caracteriza por dinámicas similares de participación, en las que las acciones son impulsadas por equipos muy reducidos de personas, a veces incluso por una sola persona, que actúa como un “lobo solitario”, pero que consigue movilizar a través de las redes digitales a públicos amplios que se implicarán activamente en la iniciativa (Bennet and Fielding, 1999; Earl and Schussman, 2003; Gurak and Logie, 2003).

3.3. Del compromiso estable a la participación esporádica

La noción de la esfera pública, sustentada en la circulación de textos, se construye como un espacio simbólico, pero también supone la reunión física de los participantes. Habermas lo plantea claramente cuando rastrea sus orígenes en los salones aristocráticos de la Francia pre-revolucionaria y en los cafés de ciudades como Londres y Ámsterdam. En estas instituciones circulaban publicaciones periódicas que inspiraban los

discursos universalistas de sus miembros, pero en ellas también se reunía la comunidad de lectores e intérpretes, donde se debatían acaloradamente las informaciones difundidas en las publicaciones impresas. La presencia física era un requisito fundamental de la participación cívica y política, porque la dotaba de un significado preciso, compartido por todos los miembros del grupo, y de la carga emocional necesaria para la defensa de determinadas ideas (della Porta y Diani, 2011). La concepción del activismo suele llevar implícita la necesidad de un esfuerzo personal, de un compromiso que no es meramente coyuntural, y que sólo puede mantenerse con la implicación emocional de los participantes. R. Rieffel (1993) ha documentado la importancia de los espacios de socialización de los intelectuales activistas en la Francia del siglo XX, tanto los privados (salones, domicilios privados), como los públicos (cafés, bibliotecas, librerías, etc.).

Todos estos espacios crearon un sentimiento de pertenencia duradero que posibilitaba la acción coordinada colectiva, que en muchos casos se situó claramente en oposición con las tesis oficiales del Estado.

La presencia física tiene algunas desventajas importantes para la participación en el ámbito público (Earl y Kimport, 2011: 125). Los participantes tienen que dedicar esfuerzo, tiempo y dinero para reunirse, por lo que se restringe el acceso a aquellos que no tienen recursos materiales o temporales. La idea de la esfera pública burguesa reconoce, de forma explícita, que la participación requiere un cierto desahogo económico y tener suficiente tiempo libre para dedicarse a los asuntos de interés general. Otra desventaja de la presencia física es que identifica al participante con un colectivo determinado, algo que puede convertirse en un estigma si ese colectivo cuestiona los principios establecidos por los gobernantes o sectores influyentes de la sociedad. La autonomía de la esfera pública respecto a los grandes poderes sociales, tanto estatales como empresariales, posibilita en gran medida la aparición de estas fricciones. Por ejemplo, los activistas por los derechos civiles en los Estados Unidos de la Guerra Fría participaban activamente en el espacio público, se congregaban en lugares públicos y defendían los principios de la igualdad racial o la libre orientación sexual, pero sus integrantes corrían serio peligro de ser atacados, una vez disueltas las manifestaciones, cuando no se encontraran protegidos por el colectivo.

El nuevo activismo digital permite prescindir de la presencia física, por lo que invierte completamente las ventajas y desventajas del activismo clásico. Se reduce al mínimo la inversión económica y temporal que requiere la participación, se limita al máximo el riesgo individual a las represalias, pero al mismo tiempo dificulta la sedimentación de una identidad colectiva que aglutine a los activistas. La ausencia de co-presencia puede conllevar que las relaciones entre los participantes sean menos intensas, las lealtades más frágiles y el compromiso con la causa más esporádico, Earl y Kimport (2011), Lasén y Martínez de Albéniz (2008). El activismo digital sigue estas pautas generales, de modo que la propia definición de activista resulta inadecuada para las nuevas formas de participación: en muchos casos es más adecuado hablar de

participantes, usuarios o visitantes, que colaboran de forma esporádica e intermitente en acciones concretas organizadas en la red. Es evidente que la experiencia del individuo que firma una petición *online* desde el ordenador de su casa no es la misma que la del participante en un acto público, como puede ser una manifestación. De todas formas, esta difuminación de la identidad no lleva a la desaparición del activismo, sino a la adopción de formas más ambiguas, cambiantes y flexibles.

Entre los autores que enfatizan las nuevas formas de activismo en el ciberespacio, se observa la tendencia a restar importancia a la congregación física. Sin embargo, algunos teóricos como Manuel Castells defienden la importancia de las nuevas formas de activismo digital, pero al mismo tiempo aseguran que los espacios físicos siguen siendo fundamentales en la era digital. Según Castells, el activismo digital requiere una primera etapa de coordinación, que se realiza en el ámbito de las redes sociales, y una segunda etapa deliberativa y de construcción de comunidad, que se produce en espacios físicos (Castells, 2012: 27), que es allí donde se sedimentan las formas de solidaridad y colaboración colectiva. De todas formas, en este caso, Castells no comparte con Habermas la visión del *ágora* pública: si el profesor de la Escuela de Frankfurt sitúa estos espacios de deliberación y de construcción de conciencia política en instituciones burguesas, como salones o cafés, Castells da primacía a espacios urbanos con valor simbólico como determinadas plazas o edificios históricos.

3.4. Del conflicto ideológico a la pluralidad subcultural

Aunque los espacios de la confrontación social pueden ser muy diversos, durante la Guerra Fría el conflicto de clases y asociado a este, el conflicto ideológico entre liberalismo y marxismo, constituía el elemento central del desafío político. Por supuesto, existían otros conflictos colectivos de gran calado, como el feminismo o el anticolonialismo, pero solían estar oscurecidos por la primacía del conflicto de clases. La idea de la esfera pública de Habermas está imbuida por esta concepción del conflicto ideológico, aunque solamente sea por su decisión de situarse en el ámbito de la burguesía ilustrada, como han criticado diversos autores posteriores. Así, por ejemplo, Negt y Kluge (1972) critican la idea de la esfera pública burguesa porque restringe la posibilidad del debate político a ciertas capas sociales, pero su propuesta de distinguir entre una “esfera pública burguesa” y una “esfera pública proletaria” sigue instalada en la concepción de la lucha ideológica que caracteriza el periodo de la Guerra Fría. Las críticas posteriores de Fraser, Warner y otros, reconocen la singularidad de conflictos políticos diferentes y ponen el énfasis en cuestiones de género, etnia y orientación sexual, entre otras, que pueden tener relaciones parciales con la estructura de clase, pero que mantienen su propia entidad discursiva y un grado importante de autonomía. Estos comentaristas critican la concepción de Habermas desde la descentralización del conflicto político, donde las clases sociales ya no constituyen la referencia central, sino

solamente una dimensión específica de las diferencias, de importancia decreciente, que convive con otras dimensiones vinculadas a los nuevos movimientos sociales, que toman una fuerza inédita a partir de los años sesenta.

El activismo digital ha dado un nuevo salto en el replanteamiento del activismo no institucionalizado. Si el activismo ideológico moderno se relaciona con el conflicto de clases y el activismo post-68 con los nuevos movimientos sociales (feminismo, ecologismo, post-colonialismo, etnicidad, orientación sexual), el nuevo activismo digital se organiza, o puede organizarse, en torno a todo un conjunto de causas que no tienen correspondencia directa con los movimientos sociales establecidos, pueden surgir de intereses particulares e individuales. Esto quiere decir que los activistas digitales definirán sus propios objetivos de actuación, decidirán libremente en qué causas quieren involucrarse, y lo harán siguiendo pautas bastante alejadas de las concepciones estándar de la política. Junto a las nuevas herramientas y tecnologías que permiten a los consumidores archivar, comentar y apropiarse de los comentarios mediáticos, también influye la aparición de una amplia gama de subculturas que desbordan ampliamente la definición de los movimientos sociales clásicos, y que se basa en una producción en red basada en el “hazlo tú mismo”, un espíritu que promueve una cierta desvinculación o deslealtad frente a los movimientos sociales clásicos.

TABLA 1: ACTIVISMO MODERNO Y ACTIVISMO DIGITAL

	Activismo moderno	Activismo digital
Organización	Centralizada	Distribuida
Medios	Cultura de masas (revistas, prensa, televisión)	Cultura digital (Blogs, Youtube, Twitter)
Naturaleza	Homogénea y estable (objetivos a largo plazo)	Espontánea y cambiantes (objetivos instantáneos)
Orientación	Objetivos ideológicos	Objetivos ideológicos y/o subculturales
Escala	Estado-nación	Global/local

Fuente: Elaboración propia.

Henry Jenkins analiza las comunidades de fans y las nuevas formas de activismo presentes en estos grupos gracias al desarrollo de las redes mediáticas. Las comunidades en línea de fans están formadas por grupos auto-organizados centrados en torno a la producción y el debate colectivo, así como la propagación de significados, interpretaciones y fantasías en respuesta a los contenidos de la cultura popular contemporánea (Jenkins, 2009: 165). Desde la perspectiva de Jenkins, los fans de una serie de televisión pueden constituirse en una audiencia activista y realizar acciones de presión para

mantener en antena su serie favorita, defender cambios concretos en los contenidos que reflejasen sus intereses concretos como grupo, generar en definitiva una comunidad de intereses. No necesitan de ninguna estructura organizada y de ninguna forma de liderazgo tradicional, y tampoco necesitan apoyarse en ninguna concepción ideológica (pre o post-68) para participar en el espacio público e introducir nuevos intereses y temas de debate público que anteriormente habrían sido impensables. Las redes sociales permiten la proliferación continua de dichas comunidades de fans, algunas serán más convencionales y otras más estrambóticas, pero todas crearán sus propias redes de intercambio para difundir obras creativas y generar formas de presión específica.

4. Una propuesta taxonómica del activismo digital

Dada la diversidad y pluralidad del activismo digital intentaré establecer una taxonomía general que sirva para comprender mejor el fenómeno. Aunque existen diferencias genéricas entre el activismo moderno y el digital, éste último incluye todo un repertorio de instrumentos, tácticas y estrategias, que presentan rasgos diferenciados, dando lugar a acciones muy variadas en el ámbito de la esfera pública. En las páginas que siguen presentamos una clasificación básica, centrada en la forma de utilizar las tecnologías digitales y la naturaleza de los objetivos que se persiguen. En términos generales, pueden identificarse tres grandes corrientes dentro del activismo digital: en primer lugar, el que expande las posibilidades del activismo moderno y participa en las cuestiones de interés general; en segundo lugar, el activismo que aprovecha las oportunidades tecnológicas para desarrollar nuevas tácticas y estrategias con las que participar en el debate público; y en tercer lugar, el activismo que se centra en las posibilidades y condiciones específicas del mundo digital. Las diferencias entre ellos son de grado: todos ellos comparten, en mayor o menor medida, las características generales antes identificadas. Sin embargo, también es cierto que algunos mostrarán influencias directas de la cultura de masas (*activismo ampliado*) mientras que otros estarán más claramente instalados en los parámetros específicos de la cultura digital (*activismo recursivo*).

4.1. El activismo digital ampliado

La primera modalidad de participación política en la esfera pública digital, el *activismo digital ampliado*, aprovecha las facilidades otorgadas por las tecnologías digitales, pero se mantiene instalada en la lógica de los medios de comunicación de masas. De esta manera, se reconoce la importancia estratégica de las nuevas tecnologías y las redes sociales para llegar a nuevos públicos, aumentar el alcance y la velocidad de los mensajes y reducir los costes organizativos (Van de Donk *et al.*, 2004). Porque aunque es cierto que los medios de comunicación de masas permiten llegar a públicos amplios,

mediante un repertorio específico de instrumentos (prensa, libros, revistas, televisión, etc) y tácticas (manifiestos, peticiones, artículos, panfletos, hojas informativas, etc.), las redes sociales pueden aumentar aún más su alcance y repercusión. Por tanto, los activistas que eligen los nuevos medios aprovechan las ventajas estratégicas de las tecnologías digitales pero sin cambiar necesariamente la naturaleza básica de su actividad. Entre otras consecuencias, los medios digitales facilitan el alcance global de las acciones, una posibilidad anteriormente complicada, y que, bajo las nuevas condiciones tecnológicas, pueden impulsarlas, incluso, actores individuales.

El activismo digital ampliado puede subdividirse en dos categorías según enfoque sus acciones hacia el mundo real o el virtual. En primer lugar, hablaremos del *activismo digital ampliado offline*, es decir, las campañas organizadas a través de los medios digitales que pretenden movilizar a la ciudadanía en espacios físicos específicos, ya sean calles, plazas o edificios singulares. En este caso, lo que se pretende es aprovechar las facilidades organizativas que proporcionan las tecnologías digitales, pero puestas al servicio de acciones emprendidas en espacios físicos, como manifestaciones, concentraciones, ocupaciones, huelgas, etc. Castells analiza con cierto detalle esta forma de activismo en sus trabajos sobre las relaciones entre las tecnologías digitales y los nuevos movimientos de protesta social, Castells (2009) y (2012). En segundo lugar, nos referiremos al *activismo digital ampliado online*, que se diferencia del anterior por la orientación de las acciones digitales, ya que actúa exclusivamente en el ámbito del ciberespacio. Eso sí, aunque se sitúa en Internet, sus formas de trabajo imitan las tácticas utilizadas en los medios de comunicación de masas. En este apartado nos encontramos con manifiestos virtuales, peticiones *online*, artículos en páginas web y blogs, campañas de envío de emails, etc. Earl y Kimport (2012) han estudiado con cierto detalle las diferentes formas de activismo digital expandido online y las estrategias que utilizan para aprovechar las posibilidades organizativas de las tecnologías digitales, además de orientar las campañas hacia la esfera pública digital.

Las peticiones *online* son un ejemplo del *activismo digital ampliado online*, porque se trata de campañas restringidas al ciberespacio que no actúan directamente en el mundo *offline* (por supuesto, sí lo hace indirectamente, ya que las peticiones suelen referirse a problemáticas propias del mundo físico). Las peticiones como instrumento de participación ciudadana no surgen del ciberespacio, sino que forman parte del repertorio clásico utilizado por los activistas para visibilizar sus protestas y ejercer presión sobre los poderes a los que interpelan. Las peticiones adquirieron un gran impulso con el desarrollo de los medios de comunicación de masas y tuvieron un papel importante en las revoluciones de Inglaterra y Francia en los siglos XVII y XVIII (Zaret, 1999). Más tarde, la aparición de los intelectuales como categoría social también se apoyaría en el papel fundamental que tuvieron las peticiones firmadas por escritores, artistas y catedráticos de reconocido prestigio (Charle, 1990). En las últimas décadas, el formato clásico de la petición se ha transferido a la red, pero manteniendo sus principios tácticos

básicos. El objetivo consiste en recoger un número amplio de apoyos individuales para la defensa de una causa específica; si antes se hacía mediante firmas en papel, ahora la firma se registra de forma digital. Actualmente, las peticiones *online* son muy populares y representan una de las formas de activismo ciudadano más importante, a través de plataformas digitales como *peticiones.org*, *firmasonline.com*, *change.org*, etc.

4.2. El activismo digital innovador

El *activismo digital innovador* supone cambios más drásticos en la manera de concebir la participación pública. No solo implica cambios en la velocidad y el alcance de los mensajes sino que, además, impone una transformación profunda en la naturaleza del activismo. En este sentido, la mutación del activismo en la era digital se manifiesta en la aparición de iniciativas repentinas y objetivos inéditos que desbordan los formatos propios de la cultura de masas (en algunos casos pueden tener conexiones con movimientos vanguardistas como el dadaísmo o el surrealismo). Recurriendo al concepto de *flash activism*, Bennett y Fielding (1999) comparan el carácter instantáneo de estas manifestaciones con las inundaciones repentinas que se producen en tiempos de grandes tormentas, cuando el agua anega de golpe amplios territorios, para después retirarse con gran rapidez. Es precisamente el carácter instantáneo y esporádico lo que sitúa estas prácticas en un plano diferente.

El activismo innovador tiene elementos comunes y diferenciales respecto del activismo ampliado: por un lado, se asemejan en que ambos se aprovechan de los bajos costes de la organización para movilizar a los participantes de forma masiva, pero por el otro, se diferencian en que el activismo instantáneo utiliza las facultades organizativas de las nuevas tecnologías para lanzar propuestas situadas en los parámetros propios de la cultura digital, entre los que destacan la instantaneidad y la interactividad permanente. Además, el activismo innovador requiere un conocimiento de las posibilidades tecnológicas aportadas por los medios digitales, que no tiene equivalente en el ámbito de la cultura de masas. Poner en marcha una petición *online* es una tarea relativamente sencilla, que no requiere conocimientos informáticos especializados, pero organizar una campaña de denegación de servicio, con el fin de bloquear la página web de una institución y de esta forma visualizar una causa concreta, exige habilidades técnicas más sofisticadas. Junto a los conocimientos específicos, algunos autores aseguran que el activismo del mundo digital se caracteriza por tener un espíritu propio, un *ethos instantáneo* (*instant ethos*) (Gurak y Logie, 2003: 31) que valora sobre todo la velocidad y que aspira a evitar cualquier tipo de mediación y cualquier imposición jerárquica. El activismo innovador se manifiesta, por ejemplo, en las nuevas formas de periodismo participativo, las tácticas de *cultural jamming* digital, los proyectos colaborativos basados en el conocimiento compartido, y, desde una óptica más transgresora, los ataques de denegación de servicio.

Los nuevos instrumentos de participación política que propone el activismo innovador se han desarrollado tanto en el plano teórico como en el técnico. Un ejemplo pionero es el colectivo Critical Arts Ensemble (CAE), un grupo que combina la reflexión teórica con la creación de nuevos instrumentos de participación en la esfera pública. A finales de los años noventa, CAE aseguraba que el poder se había transformado al perder su naturaleza estática e inmóvil, emplazada en el mundo físico, para adquirir una existencia fluida y nomádica en el mundo virtual. Según ellos, la naturaleza nomádica del poder supone serios problemas para las formas clásicas de activismo político; las protestas callejeras no tienen mucho sentido, porque no son capaces de ejercer suficiente presión social sobre un poder situado en el espacio de los flujos. Tampoco tienen mucho sentido los instrumentos clásicos del activismo que proceden de los medios de comunicación de masas, al no tener la flexibilidad necesaria para influir en centros de decisión virtuales y cambiantes. Ante este panorama, el activismo debería buscar objetivos específicos que tengan un impacto real sobre el poder nomádico global. Para ello, sugieren una serie de tácticas que se basan en la desobediencia civil y en el bloqueo de actividades estratégicas. Dado que la sociedad actual se fundamenta en los flujos de información, el objetivo central del activismo debería ser bloquear y paralizar los circuitos informativos. Estos bloqueos ya no requieren acciones masivas, como sucedía anteriormente, porque pueden realizarlas grupos reducidos y especializados de hackers que utilicen técnicas de guerrilla informática y diseñen programas específicos destinados a bloquear las actividades de las instituciones políticas y económicas globales. Aunque estas técnicas traicionan la naturaleza dialógica de la esfera pública, sería la única manera de contrarrestar el desequilibrio de fuerzas entre las grandes instituciones globales y los agentes que conforman la esfera pública digital. Las ideas de CAE que animan a la disidencia política las han continuado posteriormente otros grupos activistas como Electronic Disturbance Theatre (EDT), Electrohippies, en los últimos años, el colectivo Anonymous (Jordan y Taylor, 2004).

4.3. El activismo digital recursivo

El *activismo digital recursivo* incluye una serie de prácticas que se diferencian de las anteriores y están asociadas a los principios de la cultura hacker, Levy (1984), Thomas (2002). Los activistas comparten un compromiso estricto con la defensa del acceso libre a la información, los sistemas operativos abiertos y el control individual de la información y comunicación, que se consideran derechos fundamentales y requisitos básicos para participar en una esfera pública de carácter democrático. Al igual que el activismo innovador, el activismo recursivo exige conocimientos informáticos avanzados y aspira a utilizar de forma original y novedosa las posibilidades que proporciona la revolución informática, pero a diferencia de aquel limita sus acciones a los asuntos específicos del mundo digital. Esto quiere decir que mientras el activismo innovador se

compromete, por ejemplo, con las cuestiones planteadas por los movimientos antiglobalización o los movimientos en favor de los derechos civiles, el activismo recursivo se centra exclusivamente en las controversias sobre el diseño y la gestión de las redes informáticas. De todas formas, aunque el activismo recursivo está muy influido por la cultura hacker, es necesario hacer una distinción importante entre los hackers y los crackers, Jordan y Taylor (2004). Los hackers son individuos que hacen un uso creativo de las nuevas tecnologías, manifestándose tanto en el ámbito del hardware como del software, mientras los crackers son aquellos que utilizan el potencial de las nuevas tecnologías para realizar actos criminales, como el robo o destrucción de información relevante. Así como los crackers no tienen ninguna voluntad de participar en la esfera pública, solamente pretenden lograr beneficios por medios ilícitos, los activistas hackers, aunque en algunas ocasiones se sitúan al borde de la legalidad (o, incluso, traspasan sus límites), actúan con la pretensión de participar en el debate público y transmitir algún tipo de mensaje a la sociedad civil.

El activismo recursivo requiere de una infraestructura específica que solamente puede darse si existe una esfera pública digital asentada. Christopher Kelty (2008) asegura que las condiciones socio-técnicas del mundo digital posibilitan la formación de contrapúblicos subalternos que tienen características diferenciales y que él denomina *públicos recursivos*. Los públicos recursivos son agrupaciones de individuos, activos en la esfera pública digital, que centran su ámbito de actuación y debate en las tecnologías digitales, sobre todo en la posibilidad de construir, modificar y mantener el software informático que permite la asociación mutua y la influencia social. Esta es la razón por la que determinadas decisiones políticas que afectan a los principios de la cultura digital, como las políticas tecnológicas, la organización de las redes o la legislación sobre los derechos de propiedad intelectual son tan importantes para ellos (Kelty, 2008: 5). Para esta modalidad de activismo digital, la infraestructura tecnológica no es solamente un medio para lograr una finalidad determinada, sino la verdadera expresión de la participación y la mayor posibilidad de transformación social. Los activistas consideran los sistemas tecnológicos como espacios de experimentación, donde pueden probarse nuevas fórmulas e ideas que, en principio, deberían estar abiertas a todo el mundo, siendo las habilidades técnicas de los usuarios la única limitación.

Los públicos recursivos se apoyan en una infraestructura de debate público muy diversificada, formada por medios digitales (como blogs y publicaciones especializadas) pero también por eventos que facilitan la reunión física, como las conferencias de hackers (Coleman, 2013). Se trata de colectivos muy concienciados con los principios y los derechos propios de la cultura digital, que combinan las reflexiones técnicas con acciones específicas de activismo en la esfera pública. A este respecto, las tácticas del activismo recursivo son muy diversas: pueden incluir desde el diseño y distribución de software libre, cuyo régimen de licencias abiertas cuestiona los derechos de propiedad intelectual que defienden las industrias del copyright, hasta la creación de “huevos de

pascua”, que son mensajes ocultos, inscritos en los sistemas informáticos, que suelen incluir denuncias o desvelar información reservada. Los activistas también pueden embarcarse en acciones más subversivas, como el desarrollo de programas encriptados, que aspiran a eludir el control de estados y empresas, o el sabotaje de los programas informáticos contra la piratería desarrollados por las industrias del copyright. En los casos más controvertidos, pueden lanzar ataques de denegación de servicio contra páginas web de instituciones que, desde su punto de vista, amenazan los principios básicos de la cultura digital (Lievrouw, 2008: 101). Siguiendo diferentes estrategias, y trabajando dentro o fuera de la legalidad, los activistas recursivos comparten la creencia de que las tecnologías digitales constituyen una fuerza positiva de democratización y transformación social. Entre los colectivos más destacados dedicados al activismo recursivo podemos citar a la *Free Software Foundation*, la *Electronic Frontier Foundation*, *Cult of the Dead Cow* o el colectivo *Hacktivismo*.

TABLA 2: TAXONOMÍA DEL ACTIVISMO DIGITAL

Modalidad	Influencia del modelo pre-digital	Competencia técnica	Orientación de las acciones	Ejemplos
Activismo digital ampliado	Alta	Baja	Campo político	-peticiones.org -change.org
Activismo digital innovador	Baja	Alta	Campo político	-Critical Arts Ensemble, -Anonymous
Activismo digital recursivo	Baja	Alta	Infraestructura tecnológica	-Electronic Frontier Foundation -Free Software Foundation

Fuente: Elaboración propia.

5. Conclusión

Las transformaciones de la esfera pública basada en la generalización de los medios digitales, las redes distribuidas, la ruptura de los compromisos estables y la pluralidad subcultural han dado lugar a nuevas formas de activismo político que muestran rostros diversos. Todas estas transformaciones hay que situarlas en el contexto de la articulación progresiva, aunque todavía incierta, de una esfera pública de carácter global. Si tradicionalmente los activistas interpelaban a las autoridades estatales, cada vez es más

frecuente que los debates y las propuestas se dirijan hacia entidades de carácter global, siendo un ejemplo evidente de esta tendencia la cristalización de los movimientos anti-globalización a finales de los años noventa. Los activistas utilizan redes de comunicación autónomas y horizontales (gracias a las tecnologías digitales), que pueden entrar en conflicto con las instituciones mediáticas controladas por Estados, multinacionales o entidades globales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Naciones Unidas, etc). Dependiendo de la problemática y de la institución hacia la que se dirija la protesta, el activismo adquirirá unos contornos u otros.

Las diferencias entre el activismo moderno que ha imperado a lo largo del siglo XX y el nuevo activismo digital que se está imponiendo en el siglo XXI son muy importantes, pero sería erróneo considerar que existe una fractura total entre ambos fenómenos. Las tecnologías digitales posibilitan nuevas prácticas, y estas posibilidades se aprovechan dependiendo de las circunstancias específicas y de las habilidades técnicas de los participantes. Tan importante como la difusión de nuevas tecnologías es la capacidad individual y colectiva de encontrar usos adecuados para esas tecnologías. En las páginas precedentes hemos visto cómo las tecnologías digitales se han utilizado de formas diversas por parte de los activistas, impulsando diferentes campañas y repertorios de acción. En algunos casos, las nuevas tecnologías se han adaptado a los repertorios clásicos del activismo para lograr el alcance global (*activismo digital aumentado*), en otros casos se han explorado las posibilidades de las nuevas tecnologías para crear repertorios nuevos que no tienen una vinculación directa con los anteriores (*activismo digital innovador*, *activismo digital recursivo*). Mientras los primeros siguen instalados en la cultura de masas y se limitan a realizar versiones digitales de las tácticas y estrategias empleadas anteriormente en los medios impresos y audiovisuales, los segundos, prescinden de las estrategias clásicas (o las dejan en un lugar secundario), para buscar cauces más eficaces y más adaptados a las características específicas de la cultura digital. La adopción de la cultura digital, por tanto, es gradual y selectiva, y no brusca o rupturista.

Finalmente, es necesario destacar que dentro del abanico extenso del activismo digital, existen algunas expresiones que rompen los moldes existentes y plantean problemáticas nuevas. Dadas sus diferencias estructurales básicas, este activismo heterodoxo (*activismo digital innovador*, *activismo digital recursivo*) podría entenderse como un “objeto-mundo social”, en el sentido expuesto por Michel Serres, al escapar de la lógica que impone el Estado-nación y la cultura de masas, para situarse en la lógica global de las redes digitales.

6. Bibliografía

- ARIÑO, A. (2009): *El movimiento Open. La creación de un dominio público en la era digital*, Valencia, PUV.
- ATTON, C. (2004): *An alternative Internet*, Nueva York, Columbia University Press.
- BENKLER, Y. (2007): *The wealth of networks. How social production transforms markets and freedom*, New Haven (CT), Yale University Press.
- BENNETT, D. & P. FIELDING, (1999): *The net effect: how cyberadvocacy is changing the political landscape*, Merrifield (VA), E-Advocates Press.
- CALHOUN, C. (ed.) (1992): *Habermas and the public sphere*, Cambridge (MA), The MIT Press.
- CASTELLS, M. (2008): “The new public sphere: global civil society, communication networks and global governance”, *The Annals of the American Academy*, 616, pp. 78-93.
- CASTELLS, M. (2009): *Comunicación y poder*, Madrid, Alianza.
- CASTELLS, M. (2012): *Redes de indignación y esperanza*, Madrid, Alianza.
- COLEMAN, G. (2013): *Coding freedom: the ethics and aesthetics of hacking*, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- DOCTOROW, C. (2012): “Disorganised but effective: how technology lowers transaction costs”, *The Guardian*, junio 2012.
- CROSSLEY, N. & J. ROBERTS (eds.) (2004): *After Habermas: new perspectives on the public sphere*, Oxford, Blackwell/Sociological Review.
- DAHLGREN, P. (1995): “The Internet, public spheres and political communication: dispersion and deliberation”, *Political communication*, 22(2), pp. 147-162.
- DELLA PORTA, D. y M. DIANI (2011): *Los movimientos sociales*, Madrid, Editorial Complutense.
- EARL, J. & A. SCHUSSMAN (2003): “The new site of activism: on-line organizations, movement entrepreneurs and the changing location of social movement decision-making” en *Research on social movements, conflicts and change*, 24, pp. 155-187.
- EARL, J. & K. KIMPORT (2012): *Digitally enabled social change. Activism in the Internet Age*, Cambridge, Ma., MIT.
- FISKE, J. (1992): “Popularity and the politics of information” en Dahlgren, P. y Sparks, C. (ed.), *Journalism and popular culture*, Londres, Sage, pp. 45-64.
- GALLOWAY, A. (2001): *Protocol: how control exists after decentralization*, Cambridge (MA), The MIT Press.
- GOODE, L. (2005): *Jürgen Habermas: democracy and the public sphere*, Londres, Pluto Press.

- HABERMAS, J. (2004) [1968]: *Historia y crítica de la opinión pública*, Gustavo Gili, Barcelona.
- JENKINS, H. (2009): *Fans, blogueros y videojuegos: la cultura de la colaboración*, Barcelona, Paidós.
- JORDAN, T. & P. TAYLOR (1998): “A sociology of hackers” en *Sociological Review*, 46, pp. 757-780.
- JORDAN, T. & P. TAYLOR (2004): *Hactivism and cyberwars: rebels with a cause?*, Londres, Routledge.
- JORDAN, T., HACKING. (2008): *Digital media and technological determinism*, Cambridge, Polity Press.
- KALDOR, M. (2003): *Global civil society: an answer to war*, Malden (MA), Polity.
- KANT, I. (1999 [1784]:, *En defensa de la Ilustración*, Barcelona, Alba Editorial.
- KEANE, J. (1995): “Structural transformations of the public sphere” en *The Communication Review*, vol. 1, n. 1, pp. 1-22.
- KELLNER, D. (1997): “Techno-politics, new technologies and the new public spheres” en: <http://www.gseis.ucla.edu/faculty/kellner/kellner.html>
- LASÉN, A. y I. MARTÍNEZ DE ALBÉNIZ (2008): “Movimientos, ‘mobidas’ y móviles: un análisis de las masas mediatizadas” en Sádaba, I. y A. Gordo (coords.), *Cultura digital y movimientos sociales*, Madrid, La Catarata.
- LESSIG, L. (2012): *Remix: cultura de la remezcla y derechos de autor en el entorno digital*, Barcelona, Icaria.
- LEVY, S. (2010): *Hackers: heroes of the computer revolution*, Sebastopol (CA), O’Reilly Media Inc.
- LIEVROUW, L. (2011): *Alternative and activist new media*, Cambridge, Polity Press.
- FORESTER, J. (ed.) (1985): *Critical theory and public life*, Cambridge (MA), MIT Press.
- FRASER, N. (1992): “Rethinking the public sphere: a contribution to the critique of actually existing democracy” en Calhoun, C. (ed.), *Habermas and the public sphere*, Cambridge (MA), The MIT Press, pp. 109-143.
- FUCHS, C. (2008): *Internet and society: social theory in the information age*, Londres, Routledge.
- GARNHAM, N. (1992): “The media and the public sphere” en Calhoun, C. (ed.), *Habermas and the public sphere*, Cambridge (MA), The MIT Press, pp. 359-377.
- GURAK, L. & J. LOGIE (2003): “Internet protests, from text to web” en *Cyberactivism: online activism in theory and practice*, Nueva York, Routledge, pp. 25-46.
- HOLUB, R.C. (1991): *Jürgen Habermas: critic in the public sphere*, Londres, Routledge.
- KELTY, C.M. (2008): *Two bits. The cultural significance of free software*, Duke University Press.

- MCCAUGHEY, M. & M.D. AYERS (eds.) (2003): *Cyberactivism: online activism in theory and practice*, Nueva York, Routledge
- MEIKLE, G. (2002): *Future active: media activism and the Internet*, Londres, Routledge.
- MOROZOV, E. (2012): *El desengaño de Internet*, Destino, Barcelona.
- NEGT, O. & A. KLUGE (1993) [1972]: *Public sphere and experience: towards an analysis of the bourgeois and proletarian public sphere*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- POSTER, M. (1995): "The Internet as a public sphere", *Wired*, 3 (1), p. 209.
- RAYMOND, E.S. (2001): *The cathedral and the bazaar: musings on Linux and Open Source by an accidental revolucionary*, Sebastopol (CA), O'Reilly Media Inc.
- REAGLE, J.M. (2010): *Good faith collaborator. The culture of wikipedia*, Cambridge (MA), The MIT press.
- RENDUELES, C. (2013): *Sociofobia*, Madrid, Capitán Swing.
- ROCHLITZ, R. (ed.) (2002): *Habermas: l'usage public de la raison*, Paris, Presses Universitaires de France.
- SÁDABA, I. y A. GORDO (coords.) (2008): *Cultura digital y movimientos sociales*, Madrid, La Catarata.
- SHIRKY, C. (2008): *Here comes everybody. The power of organising without organizations*, Nueva York, Penguin Press.
- SLEVIN, J. (2000): *The Internet and society*, Cambridge, Polity Press.
- SÖDERBERG, J. (2012): *Hacking capitalism. The free and open source movement*, Routledge, Routledge Publishers.
- SUSEN, S. (2011): "Critical notes on Habermas's theory of the public sphere", *Sociological Analysis*, vol. 5, n.1, pp. 37-62.
- TARROW, S. (1994): *Power in movement: social movements, collective action and politics*, Nueva York, Cambridge University Press.
- TARROW, S. (2005): *The new transnational activism*, Cambridge, Cambridge University Press.
- TASCÓN, M. y Y. QUINTANA (2012): *Ciberactivismo. Las nuevas revoluciones de las multitudes conectadas*, Madrid, La Catarata.
- TERRANOVA, T. (2004): *Network culture: politics for the information age*, Londres, Pluto Press.
- THOMAS, D. (2003): *Hacker culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- THOMPSON, J.B. (1995): *The media and modernity*, Cambridge, Polity Press.
- TILLY, C. (1995): "Contentious repertoires in Great Britain" en Traugott, M. (ed.), *Repertoires and cycles of collective action*, Durham (NC), Duke University Press, pp. 15-42.

- TRAUGOTT, M. (ed.): *Repertoires and cycles of collective action*, Durham (NC), Duke University Press
- VAN DE DONK, W. et al., (eds.) (2004): *Cyberprotest: new media, citizens and social movements*, Nueva York, Routledge.
- VAN DIJK, J. (2012): *The network society*, Londres, Sage.
- VEGH, S. (2003): “Classifying forms of online activism: the case of cyberprotests against the World Bank” in McCaughey, M. y M.D. Ayers (eds.), *Cyberactivism: online activism in theory and practice*, Nueva York, Routledge, pp. 71-96
- VOLKMER, I. (2003): “The global network society and the global public sphere” en *Journal of Development*, 46 (4), pp. 9-16.
- WARNER, M. (2002): *Publics and counterpublics*, Nueva York, Zone Books.
- WEBER, S. (2004): *The success of open source*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2004.
- WILHEM, A.G. (2000): *Democracy in the digital age: challenges to the political life in cyberspace*, Nueva York, Routledge.
- ZARET, D. (1999): *Origins of democratic culture: printing, petitions and the public sphere in Early-modern England*, Nueva Jersey, Princeton University Press.